

La

5890

# Novela Semanal



**EL - ANHELO**  
CARMEN DE BURGOS  
(COLOMBINE)

25 cts.



PUBLICACIONES PRENSA GRAFICA

AÑO III

21 DE JULIO DE 1923

NÚM. 108

R-5890-A

# EL ANHELO

NOVELA

DE

CARMEN DE BURGOS

(COLOMBINE)

(Ilustraciones de MANCHON)



**ESTA OBRA NO  
SE PRESTA**

**ANTONIO MUÑOZ  
COMPRA VENTA DE LIBROS  
PUENTE Y PELLÓN  
(ENTRE BROQUERIA DE TRIANES  
Y FONDA "LA MONTAÑA")  
- SEVILLA -**

HERMOSILLA. 57 - MADRID





# EL ANHELO

## I

**S**e podía decir que don Felipe era un hombre feliz. No sólo era rico, la primera fortuna de la Provincia, sino que había sabido hacerse una vida cómoda, plácida, algo egoísta y frívoluna, pero envidiable para los que la contemplaban.

Tenía una salud excelente don Felipe, á pesar de sus sesenta y cinco años. Alto, robusto sin obesidad, tenía un semblante rosado, de color moreno, y conservaba la vivacidad de los ojos, la carnosidad de los labios, toda la cabellera y la barba corrida, las cuales, aunque tenían ese desagradable tono, *sal y pimienta* de la canicie, le daban más juventud de la que presta la calva.

Estaba viudo ya hacía muchos años, desde los treinta, y jamás se le habían conocido noviazgos, devaneos ni coqueterías de viudo rico, á pesar de que su gran fortuna y su aspecto arrogante atraían hacia él la atención de las mujeres:

Recién viudo, se lo disputaron las señoritas más bellas de la ciudad. Si entraba en un baile lo ro-

deaban, lo miraban, se le ofrecían de una manera escandalosa. Lo buscaban para obras benéficas, lo invitaban á todas partes; pero él no hacía caso de nadie, absorto en el cuidado y la educación de su hija, Santita, el vástago único, que tenía cinco años al morir la madre.

Santita era una niña picuda, blanducha, débil,



*Recién viudo, se lo disputaron las señoritas más bellas de la ciudad.*

con la piel lechosa y el cabello, los ojos y los labios descoloridos. Vivía gracias al continuo cuidado, casi artificial, de que la rodeaba el padre, que ya no sólo le tenía cariño de tal, sino también cierto empeño de agricultor ó de artifice, que se apasiona por cultivar una planta ó terminar un objeto difícil. Siempre enferma la niña, le costaba, según su expresión, más oro que pesaba. Hacía venir médicos de la Corte y de las ciudades vecinas, pagándoles precios fabulosos por el viaje y la consulta.

—Si yo no tuviera dinero—decía con orgullo—, Santita ya se hubiera muerto.

¡Le recomendaban unos regímenes tan raros! Hubo temporadas en que se alimentó con leche de perra y carne cruda, picada con las tijeras, y otras de sesos de pescadô, en una cantidad que obligaba á comprarlos por arrobas.

Por eso sin duda fué el padre tan celoso de los noviazgos así que se desarrolló. La tenía siempre á su lado, dedicado completamente á ella, que le bastaba para llenar su corazón, y sin comprender que era imposible la reciprocidad. La gente criticaba su egoísmo.

—Parece que la cría para monja.

Se buscaba la amistad de la muchacha como medio de tratar al padre, que por no dejarla sola y evitar la influencia de las amiguitas, estaba siempre presente en sus visitas y reuniones, en las que tratando de hacerse agradable, les preparaba sorpresas, regalos de joyas, meriendas, excursiones y juegos.

No la había dejado ir al colegio, ni tratarse con nadie en intimidad. Por eso Santita se conformaba de buen grado á su vida, enamorada del cariño de su padre, que le parecía incomparable con todos los noviazgos de sus amigas. Bien es verdad que don Felipe tenía buen cuidado de que no se

hablase de eso delante de ella; y en cuanto en una reunión aparecían muchachos, ya no volvían más.

Se escandalizaban las comadres. Ya no sólo él había desdeñado una nueva unión, sino que parecía querer que la hija se quedase solterona. Lo achacaban á avaricia.

—Está podrido de dinero y no quiere que la hija se case por no soltar la dote.

Las comadres con hijos casaderos estaban furiosas é intrigaban para conseguir la alianza con don Felipe.

Y al fin Santita se enamoró. Se enamoró del modo fulminante con que se enamoran las mujeres andaluzas. Vió á Leovigildo en una reunión en casa de una de sus amigas. ¡Leovigildo! Le llamó la atención aquel nombre de rey godo que tenía el joven dependiente de comercio, acabado de llegar de Barcelona.

Era hijo de una familia modesta de un pueblecillo cercano; pero á ella le pareció un hombre distinguido, excepcional, como su nombre.

Aquel Leovigildo hacía versos y tenía aspecto de enfermo. ¡Qué interesante! Recitaba poniendo en blanco los ojos negros, rodeados de un círculo morado, y accionando con una mano larga, pálida, afinada, en la que llevaba un ópalo. A Santita le parecía el colmo de la distinción.

Aquel mes subió la cuenta de sus gastos en la tienda. Todos los días necesitaba algún pedazo de tela ó algún metro de encaje.

Su criada iba y venía para buscar el color, ó la calidad, trayendo y llevando muestras y recados.

—¿Qué te ha dicho?—interrogaba ella.

—Saludas de mi parte á tu linda señoritas, y mientras me lo decía liaba la media vara de seda

en el papel y suspiraba, poniendo los ojos en blanco, con ese *aquel* que él tiene.

—¿Crees que le gusto?

—¿Que le gusta usted? Diga que la adora.

—¿Cómo no me dice nada?

—La señorita está demasiado alta para él. Ya se le ve que sufre. Se está quedando en el pábilo.

No. Ella no quería que su Leovigildo se consumiese. Se lo declaró ella misma. Entabláron correspondencia. ¡Qué encanto era amar y además engañar á su padre! Santita gozaba recibiendo furtivamente sonetos, romances y madrigales con la gradación de títulos: *A Ella, A Ti, A Santita*, que el pollo le escribía cuando le dejaba tiempo la vara de medir. ¡Qué cosas tan bonitas le decía de sus ojos, de su boca, de su talle y de su alma! Seguramente se moría si no le hiciera caso.

Lo mismo que ella. Se decidió á casarse. Tenía celos de todas aquellas señoritas que iban á matar los ocios á las tiendas hablando con los dependientes y provocando su galantería. Ella ya era vieja. Pocas chicas en su situación llegaban allí á los veinte años sin casarse. Tenía edad de demostrar su voluntad.

Fué inútil cuanto el padre hizo por oponerse.

—Leovigildo, ó la muerte en el claustro—declaraba Santita.

La oposición del padre y la chacota de la ciudad la empeñaban más en su amor. Creía que era por despecho por lo que se burlaban las comadres y las amiguitas, por no haber sido las elegidas del hombre excepcional. La pobreza y la enfermedad que invocaban para combatir su amor le acrecentaban.

Se veía revestida de la hermosa misión de hacer la felicidad de aquel hombre noble, extraordinario, con su dinero. Le cuidaría y le salvaría de

la enfermedad, como le habían salvado á ella. Indudablemente su dolencia era la consecuencia de una vida de trabajo y de privaciones. Le tocaba el papel de la buena Hada que recompensa al virtuoso, porque para ella Leovigildo era el gran virtuoso entre todos los hombres. ¡Alma de poeta!

El, por su parte, deseoso de la mujer y la fortuna, luchaba con su familia también. Los médicos habían dicho que su tuberculosis contenida lo mataría al casarse. La amenaza hacía dudar á sus padres, dándose el caso raro de que pareciesen rechazar, por orgullo, á la hija del millonario. Pero al fin venció la codicia de los padres de él y el amor del padre de ella; Santita y Leovigildo se casaron.

Fué una dicha breve. El poeta se consumió como una vela cerca del ardor apasionado de la esposa. Murió á los ocho meses de casado, dejando á Santita encinta.

Los malévolos se vengaban dándose el placer de compadecerla.

—Después de tanto escoger vino á dar en eso— decían.

Pero Santita no atendía á nada. Tuvo un duelo interminable de viuda romántica, dedicada por completo á su padre y á su hijo hacia ya cerca de veinticinco años.

El nieto inspiraba pocos celos á don Felipe. Había recobrado para sí á su Santita. El niño estuvo primero con nodriza en el campo. Había que prevenirse contra la tuberculosis del padre. Luego, como la criatura se desarrolló bien y quería ser militar, lo enviaron á estudiar fuera. Primero á un convento de Jesuitas, y luego ingresó, en Guadalajara, en la Academia.

Cuando venía se encantaban con él la madre y el abuelo.

—Es mi Leovigildo—decía Sautita contemplándole—. ¡Tan elegante, tan distinguido!... Y hace también versos como el padre... Tiene su talento.

En ocasiones, le miraba con admiración, oyéndole contar su vida de estudiante, y se decía:

—¡Sabe Dios lo que llegará á ser con el tiempo este hijo mío!

Lo creía predestinado para los más altos puestos.

Ella y su padre hacían su vida de siempre. San-



*El poeta se consumió como una vela cerca del ardor apasionado de la esposa.*

tita cuidaba á don Felipe como él la había cuidado á ella; pero el viejo no necesitaba medicamentos ni nada especial. Le bastaba la buena higiene de su vida ordenada. Era una naturaleza de hierro, fuerte, musculosa; aún tenía bíceps que causaban la envidia y la admiración de los jóvenes. Andaba leguas sin fatigarse.

Solía darse golpes en el pecho, con el puño cerrado, exclamando con orgullo de salud:

—Madera antigua, de la que ya no queda.

Y Santita, un poco quejosa en el fondo por la comparación de la debilidad de los suyos, reclamaba su parte:

—El buen cuidado.

Pasaban los días, las semanas, los meses y los años, iguales unos á otros. Siempre solos, sin tratarse apenas con nadie. Santita no perdonaba á sus vecinas las burlas de su matrimonio. No iba más que á la iglesia, donde tenía su reclinatorio separado de la multitud, y todas las tardes en coche con su padre para pasear por la vega y por las carreteras sobre el mar, en la gran góndola cerrada, tirada por dos poderosas mulas castellanas, lucientes, gordas, sobre cuyas ancas se podía contar dinero. Había sitio para más personas, pero no convidaban á nadie.

—Sin duda no querrán que el hijo se case aquí— comentaban las quejosas, al ver que todos los veranos, cuando venía el joven, se iban al campo, al cortijo á orillas del mar, de donde venía don Felipe siempre más fuerte, más sano, como si se dispusiera á vivir eternamente.

Santita se había acartonado. Iba vestida con hábito del Carmen, liso, luciendo sobre el flácido seno el escudo de plata, y con el cinturón de cuero, con larga correa charolada hasta el borde de la falda. Los bandos de sus cabellos lucientes, parti-

dos con raya en medio, pegados alrededor del rostro, le daban aspecto monacal.

Allí, en el cortijo, solían recibir visitas de los vecineantes del contorno, pocas, porque las habitaciones estaban distantes. Los domingos de don Felipe en tierras de regadío, de seco y de monte eran inmensos.

—Podían vincular varios marquesados si fuéramos vanidosos—decían, y en el fondo lo eran; pero tenían miedo á gastar su dinero. Gozaban de verlo aumentarse y crecer.

No les faltaba nada de lo que ellos conocían como la suma de todas las comodidades; no estaban acostumbrados á más. Los refinamientos les parecían devaneos desdeñables.

Sobre todo, á don Felipe le seducía la buena mesa. Comer bien, la pesante y sólida cocina española, sopas, carnes, pescados, jamón, natillas y arroz con leche, sin nada de engañifas. Regado todo con buen vino de la tierra, ó una copita de Jerez añejo, que hace revivir.

—El vino es la sangre de los viejos.

Con eso, un buen café y un buen cigarro puro, don Felipe era el más feliz de los hombres.

Se extasiaba celebrando las excelencias del aire y de la alimentación en su finca. No había leche como la de aquellas ovejas ni huevos frescos tan gustosos como los que ponían aquellas gallinas alimentadas con maíz. No tenían comparación los jamones de la Sierra y de Trevélez con los que se curaban allí. Su Santita tenía el secreto de hacer las buenas morcillas y los buenos embutidos. Sin contar con la fruta, las uvas, las peras y las granadas, que no tenían rival.

Santita andaba siempre allí atareada en la cocina, haciendo conservas, para que no faltase nada, y comidas suculentas para regalar al padre y al



*Santita se había acartonado.*

hijo. El estudiante gustaba de correr y jugar en el campo más que de la sociedad de las señoritas provincianas. Cazaba, pescaba, se divertía y engordaba tanto con las comidas que le hacía la madre, en recompensa de la horrible fonda castellana, que luego no se podía poner el uniforme.

Para distraerlo se *armaban* bailes en la gran cocina del cortijo, á los que acudían todas las gentes del contorno, mozos y viejos, y las señoras que veraneaban cerca, montadas en burros y compuestas como para una verdadera *soirée*.

Le gustaba á don Felipe ver bailar á la gente moza su airoso fandango, con el acompañamiento de guitarra, del ruido atronador de las castañuelas, que tocaban á una todas las mozas, y de las coplas donde lucían á veces espléndidas voces de tenores y de barítonos insospechados.

El, con su aspecto de paternal bonhomía, les reclamaba á las bailadoras, cuando repartían sus abrazos para pagar al bailaror y á los tocadores y cantores:

—¡A mí, dos!

Y las mozas, que sólo abrazaban tocando con la mano el hombro del agraciado, no dudaban en dejarse caer, riendo, para dar los dos abrazos al amo.

—¡Qué envidia me tienen!—decía él, y solía añadir:—¡Si yo tuviera veinte años!

Todos protestaban. ¡Vaya! ¿Para qué necesitaba la edad? Estaba más joven que la hija. Aún cogía la escopeta para irse de caza y emprendía partidas de pesca como si fuera un muchacho. Se le veía recorrer incansable los terrenos viendo las labores, los árboles y los bichos, como uno de los hombres del pueblo habituados al ejercicio, sin cansarse.

Los querían allí. Era un pueblo medieval don-

de aún el amo era amado y conservaba su papel de dueño y protector.

Cuando venían se celebraba una verdadera romería para saludarlos. No había quien no cumpliera ese deber. Y ninguno iba con las manos vacías. Llegaban las mujeres y los hombres lo más compuestos posible; ellas con sus mantones y sus pañuelos á la cabeza, ellos con sus fajas, sus chaquetas y sus esparteñas nuevas; todos traían el cestito lleno de huevos, colocados entre paja, las longanizas, los pollos, los conejos, y algunos hasta modestas ofrendas de espárragos, cardillos y palmitos.

Se sentaban, con el cestillo ó el regalo al lado, hasta el momento de irse, que se lo entregaban á la señora con un gesto tímido.

Lo más pesado eran las noches. Santita había establecido la costumbre de rezar el rosario con los criados después de comer; pero los hombres se escapaban á ese rito y se iban á la gran sala donde se ponían á jugar á las cartas; apuntando los tantos con garbanzos.

Allí venía á reunirse Santita, que sacaba una labor de crochet para entretenerse mientras ellos jugaban, y fingía de vez en vez interesarse por quien ganaba y quien perdía. La gente del cortijo, criados y trabajadores, se reunían en la cocina, que servía todo el año de salón. Los inviernos al lado del gran hogar y los veranos frente á la puerta. Allí estaba siempre sentada, en su silla de esparto, baja, la *tía Frasca*, la aparcerera, un bultito de mujer, medio ciega, medio sorda, que apenas entendía lo que le hablaban y respondía con monosílabos; pero que aún tenía reunida en torno suyo la familia.

Se entretenían todos en oír los cuentos del tío Pepe, que sabía narrar historias picarescas, seme-

jantes á las del *Novelino* italiano, con grandes dotes de actor. Cambiaba la voz y tenía ademanes expresivos, llenos de gracia.

Hasta el señorito iba allí á oír aquellos cuentos, con los que reía de buena gana, antes de entrar á besar al abuelo y á la madre, que lo bendecía haciendo la cruz en el aire sobre su cabeza todas las noches.



*Llegaban las mujeres y los hombres lo más compuestos posible...*

Los invitados, que solían pasar una semana con ellos, eran los dos únicos amigos que tenían en la ciudad: un solteró y un viudo sin familia, don Antonio y don Roque, contemporáneos del abuelo.

Don Antonio había sido alcalde en los días de la República Federal. Era *un rojo*, como le llamaban sus amigos; un apóstol con ideas anarquistas, como todo apóstol, pero descreído y hasta blasfemo.

Don Roque era el prestigio literario de la región, antiguo poeta, cronista de la ciudad y erudito, que, enamorado de su arte, no había pensado en casarse jamás. Tenía una vida pura, inatacable; continuaba sus trabajos, á pesar de los años y de estar casi ciego, y conservaba su influencia gracias al temor que todos tenían de su mala lengua. Poseía una gran memoria, y conservaba un archivo de cosas que sus contemporáneos quisieran que se hubiesen olvidado ya. Sabía todas las historias de los antepasados de todas las familias de la ciudad, y sabía juzgar á todos con frases sintéticas, lapidarias, que una vez oídas no se olvidaban jamás. Se contaba, como muestra de su carácter, la anécdota de que un día hablaron delante de él de un amigo á quien le habían robado el reloj. Al cabo de poco tiempo vinieron á hablarle de aquel amigo, y él contestó:

—Sí. Lo recuerdo. Es un sujeto que estuvo complicado en el robo de un reloj.

Tratado íntimamente era amable, gran conversador, perdía su acritud y su mordacidad.

Los tres viejos conservaban su amistad desde la época en que estudiaban en el Instituto. En la ciudad se reunían con frecuencia en el café, y se les veía pasear juntos, parándose á conversar en medio de la calle.

Más de una vez las solteronas y las madres de hijas casaderas se indignaban viéndolos pasar.

—¡Qué tres pollos!—solía decir alguna.

—¡Y pensar que podían haber hecho la felicidad de tres mujeres con su dinero los muy egoístas, y se las avienen tan bien solitos!—comentaba otra.

Nunca faltaba alguna más hipócrita que respondiese:

—¡Valientes pelmas! ¡Yo, por mí, los perdonaba!





La guerra de Melilla había venido á trastornar la paz de la familia. Santita veía ahora que ser militar—su hijo había acabado ya el año anterior la carrera—era algo más que lucir el uniforme en salones y paseos, entre las muchachas que los admiran y los muchachos que los envidian.

Su hijo tenía que ir á la guerra como los hijos de las aldeanas, que tantas veces compadeció al verlas llorar. No le valía su dinero para un régimen de excepción.

Se volvió loca cuando supo que el regimiento de su Leovigildo salía para Africa. No pensaba á toda hora más que en su hijo, en preparar cosas para él, en enviarle cuanto pudiera necesitar. Luchaba con la idea de dejar solo, en manos de criados, á su padre; pero al fin el amor al hijo se sobrepuso á todo.

—No me remuerde la conciencia de haber sido mala hija—decía—, y por eso tengo la confianza de que Dios ha de proteger á mi hijo; mientras he podido no me he ocupado más que de mi padre; ahora es mi Leovigildo quien me necesita. Mi padre está bueno, en su casa, con sus comodidades y sus criados, y mi pobre Leovigildo se ve tirado por esos campos, expuesto á un balazo. Necesita tener cerca á su madre.

Era inútil que le dijeran que no podría estar

al lado del hijo en los momentos de peligro, ni vivir con él, sujeto como estaba á la vida de campamento.

—No me importa; estaré cerca, le veré con frecuencia, sabré de él todos los días. A esta distancia, con esta ansiedad, enloquecería.

Sentía esa superstición de las mujeres que han creado la vida y creen que ellas la protegen aún y la defienden, como algo unido á sí mismas, que sólo á distancia y por sorpresa se les puede arrebatar.

Su mismo padre, viéndola en aquel estado, decidió su partida. Santita se embarcó para Melilla y él se fué al cortijo á esperar su vuelta.

La romería de los que venían á saludarle, fué triste. Toda aquella gente se creía obligada á hablarle de los peligros del nieto y de los dolores de la hija.

No faltaban meticones que le añadian:

—¡Si que los hijos tiran! La señorita le deja á usted solito este año.

—Le han dejado á usted solito—repetía otra.

A fuerza de tanto oírlo, él empezó á sentirse solito.

En verdad que le hacía falta Santita. Parecía mentira que la mujercita tan silenciosa animara tanto con su presencia la casa. No había bailes, ni huéspedes, ni movimiento.

—Parece que estamos sordos—le confesó un día al aparcerero, y éste contestó:

—Falta el ama. La mía está hecha un bultito, que ni me entiende ni me responde, y yo le pido á Dios que me la deje muchos años.

Por primera vez don Felipe pensó que el buen hombre tenía razón en desear que no desapareciera aquel bulto, con los pies hinchados, que aún

daba vueltas á la rueca entre las manos nudosas, con dedos de sarmiento.

Una mañana, al aparecer don Felipe en la cocina, el labrador le dijo:

—Perdone el señor si esta mañana hemos hecho un poco de ruido. Es que ha llegado mi sobrina Josefa.

—No he oído nada.

—Pues sí. Nos ha cogido de sorpresa.

—¿Dónde está?

—Acicalándose en su cuarto, desde que llegó. Ella no es como nosotros... Es una señorita.

—¿Y sigue tan guapa como era de pequeña?

—¡Oh! ¡De eso eche usted! Está hecha una moza que da bendición; un clavel disciplinao. No cabe por esa puerta.

—Estoy deseando verla.

—Se lo voy á decir.

Don Felipe salió en dirección á la huerta, pensando en que si Josefita seguía tan linda como cuando era niña, no serían excesivos los elogios del aparcerero. Era de las caras más bonitas que había visto en su vida. Pero no la había vuelto á ver en quince años. Debía tener ya de veinticinco á veintiocho la muchacha; una vieja para estar todavía soltera, en aquel país, donde de trece á catorce se casan casi todas las que se casan.

La hermana del aparcerero se había casado con un empleado del pueblo, hijo de una familia de hidalgos arruinados. Se había muerto, dejando aquella hija, que habían educado como señorita sufriendo todos los inconvenientes de quien desea aparentar sin tener dinero.

Había oído criticar á su hija muchas veces que la muchacha era pretenciosa, mal educada y conservaba tales modales y palabras, en contraste con su figura, que se burlaban de ella todos los

toros jóvenes, y los enamorados de su belleza huían para no volver en cuanto la oían hablar.

Un ruido de pasos á su espalda le hizo volverse. Se quedó estático... ¿Era Josefita aquella mujer? Le parecía una visión, una divinidad. Una Virgen de Lourdes sobre la roca.

La joven era alta, esbelta y carnosa. Con un busto redondo, firme, muy hecho, admirablemente formada. Tenía las manos y los pies gorduzuelos, y las piernas maravillosamente torneadas. Pero todo lo eclipsaba el rostro. Un rostro de estatua de mármol, digno de la garganta, de los brazos y del espléndido escote, que lucían al aire.

Perfecta de facciones, de hermosos ojos pardos, blanca como lá nieve que nada ha tocado, con los labios sangrientos y el mirar dulce. Tenía en la mano su sombrero de pastora, de paja, sujeto por la cinta, y dejaba al descubierto la linda cabellera castaña, abundante y rizada. Llevaba un elegante trajecito de mañana, blanco, de falda plegada, y jersey de seda. Realmente, no era una aldeana. Parecía gozarse en la admiración de don Felipe.

Al fin, habló:

—¡Oh, don Felipe! ¿Cómo está usted?

—Encantado, hija mía, encantado de tanta hermosura.

—Muchas graacias.

—Se las tiene que dar á Dios y á su señor padre, que la hicieron tan divina.

—¡Ay, don Felipe! ¡Ahoora me va á llamar de usted á mí?

—Es usted una señorita.

—¡Bah!... Para usted soy siempre Josefa..., Josefita. Quiero que me trate usted como cuando era niña.

—¿Entonces te podré dar un beso?

—¿Por qué no?



*Realmente, no era una aldeana.*

Presentó su rostro fresco y magnífico á don Felipe, que la besó, sintiendo su perfume y su tacto de magnolia.

Ella seguía tranquila, sonriente, tenía el aire un poquito bobo, con esa bôbería mimosa que en las jóvenes bonitas toma aspecto de candor.

El estaba turbado, embarazado. Sentía haber salido así de su cuarto, sin corbata, y tenía el sombrero en la mano, sin atreverse á cubrirse hasta que ella le diera el ejemplo poniéndose el suyo.

—Apriceta el soul.

Tenía un acento blando y calmoso, en el que parecía repetir las vocales y hacer doble la duración de cada sílaba, y eso ponía algo de gachón y meloso en sus palabras.

Don Felipe no sabía qué decir. Sabía sólo mirarla. Era como una figurita de miniatura. Estaba deliciosa con el sombrero, que le encuadraba el rostro de un modo tan ideal.

Después de breves palabras, la muchacha se fué para la casa.

No la vió más en todo el día, pero estuvo preocupado. No recordaba una belleza semejante en ninguna mujer.

A la noche, cuando llegó la hora de su partida de cartas, le dijo al aparcero:

—Dile á tu señorita que pase aquí. No es cosa de que esté ahí con las criadas.

—Está en su cuarto.

—Llámala.

Se sintió conmovido de aquel rasgo de la joven que se retiraba de la servidumbre. Era una prueba de distinción espiritual.

La hizo ocupar el sitio que cerca de él ocupaba Santita, y aquella noche, aunque perdió más, estuvo contento. Le complacía ver á Josefita sentada allí, atenta á su labor de belillos.

Perdía porqué se distraía mirando tanta hermosura como descubría en la joven. Era la belleza que á él le gustaba, belleza sana, real, sin las falsedades ciudadanas. Las manos plebeyas, cuidadas, gordezuelas y suaves, que se movían con saltitos de pajarillas de las nieves, haciendo bailar los bolillos, encantaban al buen señor.

Le parecía que en aquella cara, poco expresiva, parada, tan cándida, tan dulce, de trazos tan regulares, le reposaban los ojos.

Al despedirla, tuvo un gesto de cortesía y lo besó la mano de mármol.

Aquel beso pareció envenenarlo. No pudo dormir en toda la noche. El, que hacía muchos años renunciara á las fáciles aventuras, que de tarde en tarde se permitiera, sin importancia ni trascendencia, después de su viudez, sentía ahora la influencia de la mujer, la necesidad de tenerla á su lado, la pasión por la hembra.

—Es que yo, á pesar de mis años, no soy ningún viejo—pensaba—. Tengo mi alma en mi armario..., y la verdad es que la muchacha es una rosita capaz de meterse en el armario aunque sea por el ojo de la llave.

A la mañana siguiente llamó á Marcelo el labrador.

—Voy á mandar—dijo—que pongan dos cubiertos en la mesa. Tu sobrina comerá conmigo.

—¿Pero cómo puede ser eso, señor?

—Digo, á menos que ella no quiera.

—No es eso... Ella querrá..., y muy contenta. Pero ella, al fin y al cabo, es mi sobrina... Usted es el amo..., y ese no es el puesto de ella.

—Tu sobrina es toda una señorita.

—Sí... Finilla sí es... Vea usted: anoche nos reíamos. No está acostumbrada á comer en la fuente con todos. Se le caían las cosas de la cu-

chara y decía que era un viaje el que tenía que hacer cada cucharada. Está hecha á comer en plato, con tenedores y toda la pesca, como los señores. Fué menester ponerle aparte en un tazón.

—¿Lo ves? No sé hable más. Tu sobrina comerá conmigo.

Josefita fué á ocupar en el comedor el sitio de Santita, como ya lo había ocupado en la sala.

Don Felipe se había enamorado.

Ya ni se acordaba de escribirle á la hija, ni se preocupaba de si venían cartas, ni de leer los periódicos. Habían dejado de interesarle hasta las noticias de la campaña, y perdió el apasionamiento por la suerte de los prisioneros, cuyo rescate ansiaba, diciendo que el no haberlo ya efectuado era la gran vergüenza de España.

Ahora todo era ocuparse de Josefita, desde la mañana á la noche. Estaba como un muchacho, lleno de ilusiones, encantado de aquella mujer que cerca de los setenta años hacía florecer en él una nueva primavera, quizá la más intensa de todas.

Encontraba gracia á todos sus dichos, á todos sus gestos, á todos sus movimientos, tardos y pesados.

No se explicaba cómo una mujer tan bonita podía estar aún soltera.

—¿No has tenido amores?

—No, señor.

—¿Es que no tienes corazón?

—Que noo teengo vooluuntaad de tenerloo.

—¿Acaso no te quieres casar?

—Eeso no es coosa fáacil.

—¿Cómo no, siendo tan bonita?

—Yo no puedo querer á un labrieego, ¿saaba usted? Mi educaci3on es ya diferente.

—Lo comprendo; pero un señorito...

—Me creen poco paara cellos; paarece que me quieren hacer un honor al desposarme, y yo tengo demasiado orgullo para consentir eso.

Se quedó pensativo, sin atreverse á seguir la conversaci3n. Aquel orgullo de la joven le gustaba y le daba miedo. No se atrevía á esperar nada.

Cuando llegó el domingo, toda la gente de la casa se disponía á ir al baile que se celebraba en un cortijo próximo. Sentía celos de que la joven fuese también, pero no se atrevía á decirle nada.

Ella seguía sentada en su mecedora, frente á la puerta, con un libro en la mano.

Estaba divina con la cabeza echada hacia atrás, mostrando el desnudo de los brazos, la garganta y el escote. El movimiento de la mecedora descubría sus piernas, mórbidas, torneadas, con la ceñida media de seda y el pie cortito y alto. Los ojos, al mirar para arriba, estaban más llenos de luz, y los labios, entreabiertos, dejaban ver la línea brillante de los dientecillos menudos, mientras el cabello revoloteaba agitado por el aire en torno de su frente.

Era como una flor abierta, como un fruto maduro invitando á cogerlo.

—¿No vas al baile tú?

Sin moverse, con la lentitud que lo era habitual, la voz larga, contestó:

—Noo.

—¿No te gusta bailar?

—Es que prefiero quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Por acompañar á usted.

El sintió que la sangre le afluía del corazón al rostro y volvía del rostro al corazón. Debía haberse puesto, sucesivamente, rojo y pálido.

—¿Te intereso?—preguntó, sin darse cuenta.

—¿Cómo puede usted dudararlo?

—Soy un viejo y los viejos no les interesamos :  
¿ las muchachas como tú.

—Usted no es viejo.

—¿Te vas á burlar?

—No soy capaz de eso.

Se había puesto serio.

—¿Te enojas?

—Claro. Es ofenderme decir que yo me puedo burlar de usted, que taanto vaale y que taanto ha heecho por mi familia.

Parecía próxima á llorar.

—¿Pero cómo podía creer que no me encontraras viejo?

—Porque es la verdad. Usted no daa la impresión de un viejo.

El sintió despertar su orgullo.

—Claro que un carcamal no lo soy; pero...

—Sí. No es usted ningún muchaachito, pero es usted un hombre joven, fuerte, como debben ser los hombres.

—Pero los que interesan á las mujeres son los muchachitos.

—Yoo, por mi parte, puedo juurarle que no me gustan.

—¿De modo que entre un joven y un hombre de mi edad, darías la preferencia al más viejo?

—No he dicho eso.

—¿Lo ves!

—Es que todos los hombres de su edad no son cómo usted.

—No te comprendo.

—Usted tiene un carácter, *un ángel*, que no tienen los demás.

—¿Si fuera como yo, lo preferirías?

—Como usted no podía ser.

—¿Por qué?

—Porque usted es usted.

—¿Y si yo te amara?

—No diga eso.

—¿Te molesta?

—Me hace daaño.

—¿Por qué motivo?

—Me parece que es usted ahoora el que se buurla de mí. Yo soy una poobre aldeana.

—¡Eres una reina!

Le había cogido la mano que ella le abandonaba, y se estremecía con el dulce calor de la piel satinada.

Volvió ella la cabeza lentamente, entornando los ojos, desfalleciendo, como si se le entregara. El besó con pasión la mano aquella, corrió las suyas por la tersura del brazo, sentía ansia de apretarla contra su pecho...

En aquel momento algunas personas aparecían en la puerta del cortijo. Sin duda habían visto su actitud, que era preciso justificar. Sacó de su dedo una sortija de grueso brillante y la metió en el dedo de la joven, fingiendo no haber visto á los que los observaban; luego le soltó la mano.

Ella levantó el brazo, hizo turnar su mano abierta á la luz para ver los destellos del brillante, que lucía sobre el terciopelo de su piel como en un estuche blanco, é hizo ademán de quitárselo y devolvérselo.

Pero don Felipe se lo impidió, sujetándole la mano que quería coger la joya, y le dijo en voz baja, junto al oído:

—Guárdalo en memoria del momento de felicidad que me has dado esta tarde.



Toda la gente del cortijo y de los alrededores estaba escandalizada. No era un secreto ya para nadie que á don Felipe le gustaba Josefita y que ella coqueteaba con él. No se hablaba de otra cosa.

—Es preciso que el señor haya perdido el juicio, para andar así detrás de una sobrina de Marcelo—decían unos.

—La poca vergüenza es de ella—respondían otros—. Ya podrá comprender que don Felipe no va á casarse con ella.

—¿Por qué no? Es viudo.

—Reyes hubo que se casaron con pastoras.

—Eso era en el año de *la Nanita*.

—Josefa es guapa.

—Pero no para tanto.

—Te digo que es una vergüenza lo que está pasando y que Marcelo lo consienta.

—Es que—atajó la cocinera, venida de la ciudad, que era la más indignada—á mí me parece que ha sido él quien ha preparado la encerrona al amo.

—¿Cómo?

—Lo ha visto solo, aburrido, viejo, y ha pensado en que la sobrina es guapa y don Felipe tiene dinero.

Unos aprobaron la idea y otros protestaron.

—Marcelo no es capaz.

—¿Quién sabe!

—Lo cierto es que ha aprovechado el que la señorita Santita no está aquí para traerla.

—Pero sin mala intención.

—Y yo—siguió la cocinera—he visto muchas veces mirarse al tío y á la sobrina, como si se dijeran con los ojos: «Todo va bien.»

—No lo creo.

—¿Cuando yo lo digo! ¡No creo que piensen que miento!

—Pero puede equivocarse.

—Tengo la vista muy clara, gracias á Dios.

—Además—atajó otro—, Marcelo bien se aprovecha. El amo le ha perdonado este año la renta y le ha regalado toda la simiente.

—Y además le ha quitado á Nicolasillo las tierras de la cañada, para dárselas á él.

—Lo raro es que el amo no vea el manejo.

—Lo trae loco la muchacha con la carita de ángel.

—Es tonta.

—No sirve para nada.

—No tiene la disposición de la señorita Santita, y eso que es una *señora de verdad*.

Sin darse cuenta, sentían el odio y la rabia que siente el pueblo contra el pueblo. En vez de la solidaridad, existía el antagonismo. Hubieran recibido sumisas á cualquiera *señora de verdad*, como ellos decían, que les impusiera por dueña don Felipe, y se resistían á aceptar á la que pertenecía á su misma clase, y cuyo triunfo debía ser motivo de satisfacción.

Acusaban á Josefita de usar malas artes para encalabrar al viejo.

—¿Un señor tan prudente siempre!—decía la cocinera—Jamás de la vida, estando tantos años en casa, me dijo una sola palabra.

Y reforzaba la veracidad de su aserto, para mayor crédito, con un gesto inocente de su rostro carrilludo, de bellos colgantes y ojos hundidos.

—Ni á mí tampoco—coreaba la otra criada, bigotuda y apergaminada.

Algunas veces sentían inquietud. Aquel idilio tenía las apariencias de un verdadero noviazgo. Hablaban bajito el uno al lado del otro, en presencia del tío y de las gentes de la casa, ó paseaban por el campo ó la orilla del mar, á la vista de todos, muy amartelados, apoyándose él en el brazo desnudo de ella y mirándola de una manera que parecía querérsela comer.

—¿Será capaz de casarse con ella?—se preguntaban.

En la duda, empezaba ya la joven á tener su partido y sus aduladores.

—¡Bah!—decía la cocinera—Eso durará hasta que venga la señorita Santita y le haga recobrar el juicio. Si Josefita se descuida, ella saldrá perdiendo.

Lo cierto era que don Felipe andaba desesperado. Era una pasión loca la que había concebido por la muchacha y tenía el convencimiento de que era honrada, no podría triunfar de su virtud, y la idea de casarse le aterraba, sobre todo al pensar en su nieto y en Santita. Experimentaba cierto malestar recordando al nieto. Decían que le parecía á él, tenía veinticinco años y un bello uniforme de militar.

—¡Ojalá estén mucho tiempo por allá!—se decía.

Entre tanto iban pasando las semanas en aquella dulzura. Había vuelto á sus primeros años, se sentía joven, fuerte, lleno de ilusiones. No se daba cuenta de las malas digestiones que aquella incertidumbre le producía, del agotamiento de sus fuerzas en las noches de insomnio, de su estado nervioso.

—El señor está estropeado—se decían unos a otros.

Algunos añadían, con malicia cazorra:

—¡Los amores á su edad!

—¡Y eso que no son más que los preludios!

—Josefita podía encargarse á un tiempo la ropa de novia y la de viuda.

—Era un negocio.

—Don Felipe tiene su hija.

—Pero siempre le quedaria un buen bocado.

—Después de aguantar al viejo, encontraría buenos partidos.

—Los q te le diese la gana.

Pero la verdad era que el idilio no se decidía á gusto de la muchacha.

Don Felipe se extasiaba ante su belleza; le regalaba joyas, cubría de beneficios á su tío, le decía que la adoraba; á veces, en momentos de apasionamiento, la había estrechado, besándola y poniéndola en un compromiso, pero no hablaba nada en serio.

Josefita se indignaba de aquella actitud. ¿Acaso el buen viejo estaba pasando una bonita temporada, para no hacerle caso después? No se atrevía ella á aspirar al matrimonio, pero quería venderse cara, costarle trabajo, hacerse estimar, para tener la garantía de que sería una unión seria y productiva. Los escarceos no resultaban prácticos.

Jugaba con don Felipe al juego de la perdiz. Se le ofrecía, se le entregaba, hasta exaltarle, y cuando él tendía la mano para cogerla, daba su saltito á otra piedrecilla próxima, para seguir desde allí arrullándolo y ofreciéndose á mansalva.

#### IV

No se podía explicar la actitud de Josefita aquella noche. Estaban todos reunidos en la sala, que tenía la categoría de gran salón en el cortijo. Era una sala de paredes blanqueadas, con un ventanillo, techo de cañas y alcatifa y suelo de transpol cubierto por la estera de pleita.

Le daban el señorío los muebles, traídos de la ciudad: la araña con bujías que no se encendían nunca, pendiente de una viga; el sofá y los butacones de vaqueta; la consola, con los dos floreros bajo fanales de cristal, y la urna de la Dolorosa. Dos rinconeras, llenas de cachivaches, y la mesa desplegable, forrada de bayeta verde, sobre la que se ponía el quinqué de petróleo para jugar al «Se cayó».

La joven estaba sentada en aquel sitio de la señora que ocupaba antes Santita. Tenía delante su mundo de bolillos y los miraba fijamente, sin verlos. No movía las manos. No dirigía la mirada tierna hacia los jugadores, como otras noches. Don Felipe veía cómo anhelaba su pecho y adivinaba que tenía los ojos llenos de lágrimas. Hasta en ocasiones le pareció ver caer de ellos como una chispa brillante de luz.

Antes de acabar el juego, Josefita se levantó y dió su dulce y blanda despedida:

—Butacaas nooches. Que descaanseen.

El no se pudo dominar, y le preguntó ansioso:

—¿Qué te sucede?

—Nadaa.

—¿Estás enferma?

—Noo.

No pudo dormir don Felipe en toda la noche. A la mañana siguiente se levantó más temprano y fué á rondar por la cocina y los alrededores del cuarto de la joven, con la esperanza de verla.

Uno de los criados del cortijo aparejaba la buarra, poniendo sobre las aguaderas los almohadones, la manta de lujo y la sobrecama que acostumbra llevar cuando ha de montar alguna mujer de calidad.

—¿Para quién es esa caballería?—preguntó sorprendido don Felipe.

—Para la sobrina de Marcelo.

No pudo oír más; le dió un salto el corazón, tan violento, que indudablemente fué su impulso quien lo llevó á llamar de golpe en la puerta del cuarto de Josefita.

—¡Entra!

—Se quedaron desconcertados uno ante el otro.

—¡Ay!—gritó ella, corriendo á envolver su desnudez en la colcha de la cama—No pensé que pudiera ser usted.

El estaba jadeante; á las impresiones que venía sufriendo se añadía la que le causaba ver por vez primera el magnífico cuerpo de Josefita medio desnudo. Al fin pudo exclamar:

—¿Querías irte sin verme?

—Es necesario separarnos—dijo ella con voz sofocada de rubor.

Entonces se fijó don Felipe en que tenía los ojos enrojecidos de haber llorado.

—¿Pero qué ha sucedido?

—Nadaa.



—¿Querías irte sin verme?

—¿To has propuesto desesperarme?

—No quiero hablaar de esto.

—Ya me lo figuro...

Había recobrado su autoridad de amo en la voz.

—¿Qué?—preguntó ella, ansiosa.

—Es natural que te hayas cansado de mí. Habrás recibido alguna carta... Algún recuerdo.

La joven lloraba, sin contestar.

El se acercó, cogió el brazo de estatua y lo sacudió furioso. Le respondió la voz blanda:

—Me hace daño.

—Perdóname, Josefita, pero me vuelve loco todo esto. Eres toda mi vida, mi alma, mi juventud.

—Pero—dijo ella, entre sollozos—no soy más que una pobre aldeana, y desde que creen que usted me ama, todo el mundo se burla de mí; destroozan mi honraa...

—No me ocultes nada.

Entonces ella, con la mano entre las manos de don Felipe, le contó todas aquellas murmuraciones de los criados, de las gentes de los cortijos vecinos, de todo el lugarcillo, indignado contra ella.

La escuchaba con indignación y embeleso; lo más elocuente de todo era aquella hermosa cara afligida, aquellos divinos ojos húmedos, el magnífico brazo prisionero, que, en los movimientos nerviosos de su relato, entreabría sin querer los pliegues de la colcha ramajeada y dejaba ver el mármol del seno.

—¡No llores! ¡No te apures!—le suplicaba él.

—¡Debòo irme! ¡Tienen razón en parte!—respondía ella—Yo he sido una insensata... Está usted muy alto para mí...

Y de pronto, con un arranque irresistible, le echó los brazos al cuello, exclamando:

—Pero yo también te adoro, Felipe mío...

El la estrechó contra su pecho, la cubrió de besos en la cara, en la boca, en los ojos, en el cuello y en el busto que emergía entre los pliegues que lo cubrieron.

En aquel momento Marcelo apareció en la puerta. Josefa dió un grito y se arrebujo, ovillándose con las ropas.

Don Felipe se alzó; estaba rojo como un caragrejo cocido, y sin dar tiempo á que el labrador pronunciase una sola palabra, le dijo:

—Marcel tuo: sobrina va á ser pronto tu ama.

—¡Don Felipe!...

—Me caso con ella.

Salió sin decir una palabra más y ordenó al criado que aparejaba la burra:

—Di á toda la gente de la casa que venga aquí.

Cuando estuvieron todos reunidos, don Felipe esparció la buena nueva.

—Han llegado á mis noticias—dijo—murmuraciones que no quiero recoger, pero que es preciso que acaben. La señorita Josefita es libre y yo soy libre también. Ella es joven y yo no me siento viejo aún. Si soy rico, ella es más rica que yo con su hermosura. Nos amamos y hemos decidido casarnos: ¿Tiene alguien algo que decir?

La estupefacción era general.

—Desde hoy—siguió, el viejo—habéis de respetar á la señorita Josefita como vuestra señora, y el que no esté conforme con esto, puede marcharse desde ahora mismo.

Todos prorrumpieron en un coro de adulaciones, tan propias de los campesinos:

—¡Que sea para muchos años!.

—¡Dios les dé salud!

—¡Harán linda pareja!

—¡Nadie mejor!

El estaba radiante.

—Hoy no se trabaja. Se va á matar un carnero y á comer y beber para celebrar los esponsales.

—¡Viva! ¡Vivan los novios!—gritaron los labriegos, tirando los sombreros por lo alto.

Las mujeres palmoteaban, llorando de emoción. Sólo la cocinera se adelantó y dijo:

—Si don Felipe hace el favor de darme la cuenta, yo me quiero ir hoy á la ciudad.

El sólo pudo responder, desconcertado:

—Está bien.

La mujer que demostraba con su actitud la protesta de todo aquello, era la vieja criada que llevaba treinta años en la casa y quería asegurar su privanza cerca de Santita.

Se alejó solemne, murmurando:

—¿Quién lo había de decir? Esto es chochear ya. ¡Pobre señorita Santita! ¡Si su madre levantara la cabeza!

El nombre de Santita, al llegar á sus oídos, pareció darle una pedrada en el cerebro á don Felipe. Se le había olvidado su hija; pero hizo un esfuerzo y dijo, dirigiéndose á la mayoría:

—¡Gracias! ¡No esperaba menos de vosotros! Sé que me queréis y os alegráis de que yo sea dichoso con vuestra nueva ama. Vamos á preparar la fiesta. ¡Hoy es día de alegría!

Pero en el fondo de su espíritu había algo que no estaba contento.



Dos días después don Felipe salió para la ciudad y Josefita para el pueblo, ofreciendo volver á pasar allí la luna de miel. Su separación era precisa, para evitar que se criticase á la que había de ser su esposa.

Fuéron dos días de embriaguez aquellos. La joven había adquirido un aire grave, solemne, casi mayestático, cuya nobleza encantaba al viejo. Sabría ser la gran señora.

Además, á su confianza y su abandono para tratarlo había sucedido esa especie de seriedad coqueta de las novias. Lo trataba con más reserva, con mayores pudores; pero le dirigía miradas apasionadas y palabras de amor.

Sentados uno al lado del otro, en la puerta del cortijo, se comunicaban en voz baja cuánto se habían amado sin darse cuenta.

—Yoo, desde pequeeña—le decía Josefita—, tuve siempre la idea de que no había ningún hombre como tú. Ahora comprendo por qué no me gustaba nadie.

Se convino entre los dos y Marcelo lo que había que hacer.

Don Felipe dotaba á su novia de manera que quedaba su suerte asegurada. Iba á revocar su testamento para que quedase á favor de ella la parte de que podía disponer, entre la que entra-

ría el cortijo, que debía perpetuar el recuerdo de sus amores y cuyo usufructo pertenecería á Marcelo.

Ahora lo necesario era apresurar el casamiento. Evitar escenas molestas y realizarlo antes de que la vuelta de Santita, que seguramente no dejaría al hijo con palúdicas en el hospital de Melilla para volver tan pronto. Josefita no tenía más que darle las medidas para su ropa y él se encargaba del ajuar y de todo. Encontraría vestidos, joyas y lo que hubiera menester. Ella, confusa, ruborizada, le pagaba con miradas, llenas de promesas, su amor y su generosidad.

No había gozado tanto don Felipe con los preparativos del primer matrimonio como gozaba ahora. Con Josefita volvían la juventud, las ilusiones que creía extinguidas. Le parecía que su vida se iba á prolongar como si comenzara de nuevo.

Le escribía todos los días cartas apasionadas, sensuales, de muchacho impetuoso, al mismo tiempo que lo preparaba todo: papeles para el matrimonio; habitaciones, ropas y mil detalles llenos de delicadeza que el amor le sugería.

El, que siempre fué algo tacaño, era pródigo ahora con la felicidad. No escatimaba en comprar ropas finísimas, encajes, vestidos. Tenía escandalizada á la ciudad.

El buen viejo pasaba las horas en aquel encanto de los preparativos de su matrimonio, de escribirle cartas á su novia y de leer las misivas que ella le enviaba, en papel perfumado, escritas sin ortografía, pero diciendo muchas ternezas melosas.

Por oírse las repetir iba un día sí y otro no, en su galera, por los caminos casi intransitables, á pesar del frío del otoño que se anunciaba, y pasa-

ba aquellas seis leguas por estar dos horas á su lado.

Algunos días, después de un viaje así, estaba que no se podía mover; pero su voluntad triunfaba.

Todos lo veían decaer, pero él no se daba cuenta. Las gentes envidiosas, que lo persiguieron siempre, esperaban el drama de la llegada de Santita, cuya ausencia no comprendían en aquellos momentos. Sin duda debía estar muy grave el hijo, porque ella ya sabía lo que pasaba. Le habían escrito, desde la cocinera hasta la última criada.

Josefita misma tenía miedo de la vejez de la Señora.

—Tú eres para mí todo en el mundo y me haces nada que temer—le decía el viejo con tono de trovador gallardo que se lanza al combate por su dama.

—Es que yo he cifrado mi vida en tí, y si me faltaseos me moriría—contestaba ella, como dama enamorada y romántica.

Los dos se juraban afrontar el peligro cuando llegase... Y el peligro llegó... Apareció bajo la forma de Santita, á la que encontró el padre en el comedor una mañana al entrar á almorzar.

¡Qué aire de tristeza ponía Santita en la casa! Parecía que se entenebrecía toda, que faltaba luz, que aquellos suspiros constantes suyos hacían la atmósfera pesada. El viejo notaba el contraste de la alegría que le comunicaba Josefita con el dolor que le traía la hija. La hija era la vejez.

Pero él amaba á su hija. Corrió á besarla, preguntándole ansioso:

—¿Y nuestro Leovigildo?

Ella le devolvió fríamente la caricia, como marcando hallar una repugnancia en la huella de otras caricias impuras, y contestó con tono grave:

—Leovigildo es un héroe que se ha batido por España, cubriéndonos de gloria.

—¿Dónde está?

—Convalece de las palúdicas, y he tenido que abandonarlo, faltando por vez primera á mis deberes de madre, para venir á evitar que caiga un grave mal sobre nuestra casa.

Don Felipe se irritó.

—Haces mal en faltar á tus deberes maternales, Santita—le dijo—. Yo no falté nunca á los míos de padre para contigo. ¿Es cierto?

—Sí... Hasta ahora...

—No necesito recordarte toda la ternura y los sacrificios que he hecho por ti.

—No, ciertamente. Eres mi padre, y...

—Y cumplía mi obligación. ¿No es eso? Harías mal en decírmelo, porque cumplir la obligación es algo frío. Yo he hecho más que eso...

—¿Si me lo echas en cara!...

—No... Es decirte que no quiero establecer dualismos en tu espíritu entre tus deberes para con tu hijo y tus deberes conmigo. Tú me abandonas por tu hijo, y yo no tengo celos por eso; lo encuentro muy natural. Pero me veo muy solo..., y yo quiero tener también mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que sin duda sabes ya. ¿Que me caso la semana que viene!

—Luego era verdad.

—Sí.

—Yo lo dudaba. ¿Es una locura!

—¿Por qué?

—¿Una muchacha joven á tu edad! ¿Sabes á lo que te expones?

—Te prohibo que digas groserías.

—No es grosería advertirte que te expones á morir antes de lo que debieras.

Don Felipe sonrió. Aquello le aterraba menos que la insinuación que había creído entrever.

—Soy fuerte, Santita; no tengo miedo... Me siento joven.

Ella se exasperó. ¿Si sería aún capaz su padre de tener otro hijo? Le gritó furiosa:

—¡Estás loco!

El no perdió la calma.

—Ten cuidado de no faltarme al respeto.

—Es que quieres un imposible.

—No te esfuerces, porque es una cosa resuelta.

—Pues tienes que elegir entre tu hija y esa mujer que te ha trastornado.

—¿Acaso te di yo á elegir entre tu padre y tu marido?

—Es diferente.

—¿Por qué?

—Está escrito en el Evangelio que se dejará padre y madre por seguir al marido.

—O por seguir á la esposa.

—Pero no dice que se abandonará á los hijos.

—La que está loca eres tú. Pero te advierto que estoy dispuesto á todo. He decidido casarme, y me casaré.

—Me echas de tu casa.

—No.

—Sí. Porque yo no puedo vivir bajo el mismo techo que esa mujer que pones en lugar de mi madre.

—Sí podrás, porque es una señorita digna ahora, y luego será mi esposa.

—Cállate—vociferó ella—. No me ofendas... Ahora es tu querida... Todo el mundo lo sabe; y luego y siempre, para mí, no puede ser más que una criada..., una perdida.

La paciencia de don Felipe se acabó. Hizo un ademán de cólera, se reprimió y dijo:

—En ese caso tienes razón. Yo no puedo tolerar tus insultos á la mujer que tienes que respetar como yo la respeto. Te daré las cuentas de la fortuna de tu madre y puedes irte con tu hijito. No os necesito.



## VI

Redobló la pasión aquel día en la carta para su prometida. No quería que ella pudiese recelar que la venida de Santita influía sobre el amor que le profesaba.

Al ir á cenar encontró á su hija fría, enhiesta, grave, ocupando su puesto en la mesa. Aunque no se hizo mención á nada, la comida fué triste, se habló poco. Parecían flotar en el aire recuerdos de los días de calma en que el padre y la hija lo eran todo el uno para el otro.

Cuando acabó la comida, en vez de ir juntos al salón, Santita se encerró en su cuarto. Don Felipe vió con sorpresa llegar á su viejo amigo don Antonio.

El viejo anarquista tenía un aire abatido, triste.

—¿Dónde diablos te has metido tanto tiempo?— preguntó don Felipe.

—Estoy retirado del mundo—contestó el otro con una vez cambiada.

—¿Pero es verdad lo que me han dicho?

—¿Cómo voy á saber yo lo que te han dicho!

—Que al fin has claudicado de todas tus ideas y te has hecho devoto.

—Sí. He comprendido el error en que vivía y he abrazado la verdadera religión.

—¿Me parece imposible oírte hablar así!

—Más imposible me parece á mí el que sea cierto que te quieras casar.

- No sé por que te sorprende.
- Casarse á tu edad es una locura.
- No soy el primero que la hace,
- Pero no en tus condiciones.
- No te comprendo.
- El matrimonio no debe ser hijo de una sensualidad que se pretenda legalizar con un sacramento.
- Es que yo amo á mi novia.
- El fin del matrimonio son los hijos.



*...la comida fué triste, se habló poco.*

—¿Y quien te dice que no puedo tener hijos yo aún? Me siento fuerte.

—Sería un crimen.

—¿Por qué?

—Hijos de viejo, condenados á una herencia física...

—Estoy sano.

—Aun suponiendo eso, no tendrías tiempo de criarlos, de educarlos...

—Lo haría su madre, que es joven.

—Además, no tienes derecho á traer la perturbación á tu familia. Haces sufrir á Santita. Perjudicas á tu nieto.

—¡Bueno!—exclamó don Felipe, furioso—Supongo que tienes razón en lo que me dices. Sobre todo eso está mi voluntad. No te consiento que me hables más del asunto.

—Es que nuestra antigua amistad me da un derecho.

—Que yo te niego desde ahora.

Don Antonio se levantó tambaleándose sobre sus piernas débiles.

—Entonces me retiro... para no volver.

—Haces mal... ¡Pero si no hay otro remedio!...

—No... Adios.

Se marchó andando lentamente. Don Felipe lo miraba con tristeza. Sentía deseos de llamarlo. ¿Iba á tener que renunciar á todo lo que había constituido su vida hasta entonces?

Apenas tuvo tiempo de pensar esto cuando apareció su otro amigo, don Roque. El viejo tuvo una sonrisa amarga. Era una rara coincidencia aparecer en el mismo dia los dos únicos amigos, después de tanto tiempo.

—La mano de Santita—pensó, y tuvo un movimiento de cólera contra su hija. ¿Qué derecho tenía á perseguirlo así?

—Ya veo que se marena ese pajaró—dijo don Roque—. ¿Te ha contado la historia de su conversión?

—Apenas hemos hablado.

—Pues no lo creas. Es un perillán. Ha robado unos cuadros antiguos, de asunto religioso, que quiere vender al Nuncio, y se finge convertido para lograr mayor precio.

—No seas maldiciente.

—Es que yo digo siempre la verdad..., y algunas te he decir á ti.

—Nada te pregunto.

—¿Pero es cierto que te casas?

—Absolutamente cierto.

—¿Y lo has pensado bien?

—Siempre pienso lo que hago.

—Entonces es que no estás bien con tu vida.

—Al contrario. Es que quiero vivir á gusto la mucha ó poca que me quede.

—No te quedará ninguna.

—Jamás me he sentido tan bien.

—Pudiera ser...; pero... ¿Sabes por qué estas bueno y sano y fuerte?... Por lo mismo que lo estoy yo...: por la castidad.

—Historias. Los hombres casados está probado que viven más.

—Porque son los más castos.

—Entonces...

—No confundas. Los viejos matrimonios son castos; pero no lo son los viejos verdes que buscan novia joven.

—No te consiento que te metas en mis asuntos.

—Me retiraré para no volver más á importunarte; pero antes quiero que me oigas.

—Es inútil.

—No lo creas. Viejo que deja de guardar castidad, viejo muerto.

Don Felipe se quedó furioso. Sin duda era Santita la que le proporcionaba aquellas escenas desagradables. Le habían impresionado más los argumentos de don Roque que toda la moral de don Antonio. Estaba indignado con su hijo que podía haber cariño en aquel modo de portarse, o avaricia, deseo de atrapar su dinero.

La rabieta hizo que le sentase mal la cabeza. Tuvo que tomar dos cucharadas de bicarbonato y se acostó con dolor de cabeza.

Pasó una noche infernal; se durmió tarde, atormentado por los calambres en las piernas, que le hacían tirarse de la cama, y la tos incesante. Se quejaba sin que nadie se inquietase en venir á verlo. Al fin se durmió con el sueño agitado, lleno de pesadillas.

Se despertó tarde, cansado, dolorido. Le entraron el correo. No había aquel día carta de Josefita; pero en cambio había dos anónimos burlándose de él, ultrajándola á ella. Los rompió indignado. Era como si llevasen la firma. Todo aquello era obra de Santita.

Apenas pudo pasar un bocado del desayuno. Mandó enganchar, y salió á activarlo todo para la boda. Una vez celebrada ésta tendrían que acatar los hechos consumados, ó peor para ellos; de un modo ó de otro, con la boda se acababa la lucha. Lo dejarían tranquilo.

A la noche volvió á encontrar en el comedor á Santita y no la miró siquiera. Ella se asustó de ver la demacración y el aspecto de su padre; pero no quiso ser la que diera un paso para la reconciliación. Sin que renunciase á su proyecto de boda, no había avenencia posible.

Se acostó cansado, rendido, con miedo de caer enfermo, pero satisfecho porque ya estaba prepa-

rado todo. Era lunes, y el jueves podría celebrarse la boda.

El correo le trajo nuevos anónimos insultantes. Aquello era una villanía. Se acaloró de tal modo, que tuvo un acceso de tos y un mareo. Le ardían las sienes, tenía frío y fiebre entre tantas emociones. ¡Y tampoco había carta de Josefita!

Mandó poner la galera y emprendió una vez más el viaje para ir á verla. Era ya el último viaje antes de la boda. Iba á llevarle el traje de desposada y las joyas, lleno de recelos y de inquietud por los dos días de silencio incomprensible.

Conforme dejaba la ciudad atrás le parecía que se alejaba de los disgustos, de la enfermedad, de la vejez. ¡Iba caminando hacia la felicidad!



## VII

Supo con indignación que su novia no había recibido carta suya en aquellos dos días. Por lo visto, Santita estaba decidida á todo, cuando se atrevía á interceptar su correspondencia.

Pero su malhumor desapareció pronto al lado de Josefita. Allí se respiraba, en aquella casa le querían todos, no había nadie que le contrariara. Hasta tenían el talento de entretenerse y dejarlos solos.

Así habían llegado al período álgido de su pasión. Don Felipe se desvanecía entre los besos ardorosos de su novia, de tal modo, que á veces tenía mareos, que trataba de ocultar, pensando que eran sólo producidos por el vértigo del amor, que le hacían perder de vista el mundo todo y la noción del tiempo y de las cosas; y otras veces, ataques de tos convulsiva, que achacaba al tabaco, y venían á interrumpir el idilio casto, casto á pesar de las impacencias de don Felipe, que solía decirle apasionadamente:

—Yo necesito tenerte completamente mía. No me hagas esperar.

Y ella, haciendo la ingenua, le contestaba siempre:

—Yo también deseo ser tuya..., pero tengo miedo... Aguarda...

Don Felipe recogía tanta felicidad, que miraba

con lástima á los muchachos jóvenes, incapaces de amar y ser amados tan intensamente. Se reía de la vulgaridad de los que creen que á sus años no se sentían y se inspiraban pasiones.

Aquel día el viejo estaba más apremiante, más impaciente. Josefita no se había querido probar el rico vestido de novia, de raso blanco, todo adornado con perlas y flores de azahar, por la superstición de que ponerse ese traje antes del día de la boda, trae desgracia; pero se había probado el velo y se había puesto las joyas, el so-



*Don Felipe se desvanecía entre los besos ardorosos de su novia...*

berbio collar de perlas que, para lucirlas mejor, se veía obligada á tirar hacia abajo del cuerpo de su vestido y mostrar hasta el nacimiento del seno.

El viejo se abrasaba viendo cerca del escote la mano tan mórbida, tan gordezuela, que era su tentación.

Vinieron á ver los regalos todas las amigas de Josefita, aquel coro de muchachas bonitas cuya contemplación avivaba la sensualidad, ya despierta, del viejo, y que eran como la corte de la reina de los amores.

Notaba la envidia en todas. No hubiera tenido más que escoger. Pero ninguna le llegaba á su novia. Ellas mismas lo reconocían; exclamaban llenas de admiración ante Josefita, radiante de joyas, con su velo blanco y su corona de azahar:

—¡Qué hermosa está!

—Parece la virgen de la iglesia.

Era verdad. La belleza parada, inexpresiva de Josefita, tan blanca, con su reposo de estatua, parecía hecha para excitar pasiones. Se dudaba, al verla tan serena, tan de mármol, que pudiese vibrar y responder á una pasión.

Don Felipe le había puesto las joyas y ayudado á colocar el velo, pensando en el deleite de quitárselo, hasta el punto de que, al entregarle la cajita en donde iban las ligas, adornadas con la flor de azahar, no había podido reprimirse para decirle:

—Yo te las pondré.

Duraba muchas horas aquella exhibición de sus galas y de las prendas íntimas á las amigas. La camisilla de seda y encaje, tan transparente y tan corta..., ante cuya visión el viejo enrojece y palidece, sucesivamente.

Cuando se quedaron solos, la apremió más que nunca.

—Dame una prueba de confianza y de amor—  
le suplicaba.

Ella no sabía cómo resistir. Estaba ya lo bastante segura de la pasión de su futuro para no tener miedo á satisfacer su deseo.

No podía negar una satisfacción á aquel hombre que la colmaba de bienes y la elevaba hasta él sin darle la impresión de que no era una mujer apasionada, sino la mujer en venta, que suelen ser todas las novias, esperando el momento de entregarse al amor á plazo fijo y con el seguro, calculado, del matrimonio.

En el momento en que estaban, su condescendencia le obligaría á más.

Sin embargo, sentía la repugnancia de la virgen al hombre viejo, falta de la pasión que ahoga los pudóres. Su carne se revelaba.

El seguía suplicándole:

—Josefita, alma mía, niña mía: sé piadosa, sé buena...

Por fortuna, los ataques de tos convulsiva ponían una tregua á sus exigencias.

Ella lo auxiliaba, piadosa, disimulando el asco al verlo escupir. Quería que creyese en que ella aceptaba la excusa.

—¿Lo ves? Te hace daño el tabaco. No te voy á dejar fumar..., á fuerza de besarte en la boca.

Era necesario volver á la ciudad; el viejo la estrechó, al despedirse, contra su pecho, delante de todos, llamándola tiernamente «su mujercita». Estaba tan alegre, tan nervioso, que abrazó á todas las muchachas que tenía cerca, y hasta á la futura suegra, una horrible vieja dos años más joven que el yerno.

Su exaltación tenía disculpa. Era la última visita de novio. Cuando volviera, dentro de cuarenta y ocho horas, era para ser el marido, para llevár-

sela, con su traje blanco, envuelta en aquella magnífica capa de pieles y seda, en la galera donde se iba ahora solo, con el alma llena de ella, saboreándola en su recuerdo y en sus sensaciones.

No se atrevía el cochero á rastrillar el látigo para hacer partir á las mulas, viendo al amo inclinado sobre la portezuela, con la mano de la novia entre las suyas, diciéndole ternezas.

—Se nos va á hacer de noche, y los caminos están malos, don Felipe—dijo, al fin.

El parecía no oírlo. Estaba embriagado con la mirada de pasión, de misterio, de revelación que veía en los ojos de Josefita, fijos en los suyos con una ternura inmensa.

Gozaba viendo el despertar de la hermosa estatua. Se indignaba de tener que dejarla allí aún esos dos días, durante los que se consumiría en la llama de la pasión y del recuerdo, con esa fuerza de las pasiones seniles.

Josefita estaba aturdida. No sabía si amaba ó aborrecía á su prometido. Tenía gana de quedarse sola, de darse cuenta de sus sensaciones, de aquilatar el grado de sacrificio que había en aquel casamiento, que lograba realizar por el cálculo y el interés, y que se iba tornando al final en un idilio verdadero.

Había momentos en que la pasión de don Felipe, prendiendo en su naturaleza joven, le hacía sentir la pasión, sin fijarse en el hombre que tenía al lado más que como un representante de todo el sexo.

En otros momentos experimentaba la repulsión de la juventud á la ancianidad. La protesta de la carne joven, de su belleza perfecta, que tendía hacia otro ser joven y hermoso.

Pero sobre todo estaba orgullosa de haber ven-



*...muerto todo el halo derecho de su cuerpo, con la cara torcida...*

cido en la lucha, decidida a consumarse; pero cesaba descansar, recobrase, ir al triunfo definitivo.

Su mismo amor le sirvió de pretexto.

—No taardes máas. Teengo mieedo á los caaminos. Te eesperoo, paara no seeparaarnos nuunca.

Y mientras el cochero arreaba, don Felipe bebaba la manecita ardorosa, repitiendo un intenso:

—¡¡Nunca!!

En el que parecía poner toda su alma, entre un acceso de tos.

\* \* \*

La galera se detuvo y don Felipe no bajó.

Al abrir la portezuela, no lo vieron. Estaba allí, caído en el fondo, entre los asientos, con la cara roja, hinchada, los ojos fuera de las órbitas.

Fué necesario colocarlo en un sillón para llevarlo á su alcoba. Acudió Santita, se llamaron médicos, se corrió á la botica.

¡Todo inútil!

Don Felipe estaba paralítico, muerto todo el lado derecho de su cuerpo, con la cara torcida, la boca á un lado, en un gesto, más que doloroso, grotesco, idiota. Miraba con los ojos muy abiertos, sin luz, y de sus labios no salía más que ese imponente y trágico «Bah..., bah... Bah..., bah... Bah..., bah...» de los fulminados por la apoplejía.

**Fin**



## **LA NOVELA SEMANAL**

advierte á los colaboradores espontáneos  
QUE NO ADMITE MAS ORIGINALES  
QUE LOS SOLICITADOS, y que en  
ningún caso devolverá aquellos que reci-  
ba sin haberlos pedido, ni mantendrá co-  
rrespondencia acerca de ellos.

# La Novela Semanal

## OBRAS PUBLICADAS

1. **Puesta de sol**, por Vicente Blasco Ibáñez.—2. **La venganza del rucero**, por "El Caballero Audaz".—3. **Memorias de un vagabundo ferracarril**, por Eduardo Zamacois.—4. **El castro de camareras**, por Antonio de Hoyos y Vincent.—5. **La sirvienta**, por José Francis.—6. **La conversión de Flores**, por Emilio Carrère.—7. **Un viaje en el «metro»**, por Joaquín Beida.—8. **La hiel**, por Alberto Insua.—9. **Aire de mujer**, por Wenceslao Fernández Flórez.—10. **Ladrón de vida y de amor**, por Felipe Sassone.—11. **Mujeres solas**, por Cristóbal de Castro.—12. **El drama de la señorita Occidente**, por Alonso Hernández Calá.—13. **La monja de cera**, por Rufae López de Haro.—14. **Cuatro menguante**, por Ramon Pérez de Ayala.—15. **El artículo 433**, por Carmen de Burgos "Columba".—16. **La niña de México**, por José Ortega y Gasset.—17. **El alma de Sinto**, por Eduardo Marquina.—(EXTRAORDINARIA). **El héroe de la ligión**, por "El Caballero Audaz".—18. **La doncella de la ría y el llant**, por Tomás Borrás.—19. **El hombre que todo lo sabía**, por Manuel Linares Rivas.—20. **La diablesa**, por Luis Antón del Omet.—21. **La vida de Perri**, por Juan Pérez Zúñiga.—22. **Roto el encanto**, por Vicente Díez de Tejada.—23. **La cénica de la Argorzueta**, por Antonio Casero.—24. **La navia escuro cada**, por Rafae Caninos Assens.—25. **La espada de Duque y el Alcazar**, por Diego San José.—26. **Una buena acción**, por Eduardo Zamacois.—27. **Luz de ocaio**, por Augusto Martínez Almedilla.—(EXTRAORDINARIA). **La misma a gro**, por Juan Ferragut.—28. **Cumbes al sol**, por Concepción Espina.—29. **Historia cénica de un pechero**, por Luis Bello.—30. **Lapz del camino**, por "El Caballero Audaz".—31. **Misipia**, por Antonio Zoraya.—32. **El desquite del agua**, por Julián Fernández Piñero.—33. **El fado del paço d'Arcos**, por Andrés González-Blanco.—34. **La mala pasión**, por Emilio Carrère.—35. **Mirra, ó la hija de otro jornalero**, por Eudoro Barribero.—(EXTRAORDINARIA). **Bajo el sol e cañío**, por Antonio de Hoyos y Vincent.—36. **Lo que está de Deza**, por Pedro Mata.—37. **13-248 de Jordán**, por Joaquín Beida.—38. **El Evangelio del amor**, por Enrique Gómez Carrillo.—39. **La novia del estudiante**, por Alberto Valero Martín.—(EXTRAORDINARIA). **Lupo, sargento**, por Carlos Micó España.—40. **El escapulario**, por Alvaro Retana.—41. **La hija de Conwell**, por Cristóbal de Castro.—42. **El**

**ombigo del mundo**, por Ramón Pérez de Ayala.—43. **La duquesa Offida**, por Rafael López de Haro.—44. **La voluntad de los otros**, por José Francés.—45. **La mujer de sal**, por Tomás Borrás.—46. **El Romántico de aldea**, por Guillermo Díaz-Caneja.—47. **El talismán de Na oleó**, por "Andrenio".—48. (EXTRAORDINARIA). **El sacrificio**, por Emilio Carrère.—49. **La mujer y la muñeca**, por Alberto Larrosa.—50. **El pobre fenómeno**, por Antonio de Hoyos y Vincent.—51. **La familia Gomar**, por Wenceslao Fernández Flórez.—52. **El sueño es vida**, por Eugenio d'Ors.—53. **La virgen salvaje**, por E. Carrasquilla Mallarino.—54. (EXTRAORDINARIA). «**El 98**», por Luis Antón del Oimet.—55. **Princesa Rusa**, por Sofía Casanova.—56. **Las mismas palabras**, por Roberto Molina.—57. **A orillas del Manzanares**, por Antonio Castro.—58. **La modelo de Eva Sonember**, por Antonio G. de Linares.—59. (EXTRAORDINARIA). **Horas Locas**, por Eduardo Zamacois.—60. **En el pasillo**, por Joaquín Belda.—61. **Rosa María**, por Alberto Valero Martín.—62. **Culpa en la sombra**, por E. Contreras y Camargo.—63. **El gigante**, por A. Hernández Catá.—64. **La suprema ley**, por R. López de Haro.—65. **La manzana podrida**, por V. Díez de Tejada.—66. (EXTRAORDINARIA). **Jandra y el cesaco**, por Cristóbal de Castro.—67. **Las inquietudes de Blanca María**, por Emilio Carrère.—68. **Margot quiere ser honrada**, por Ceferino R. Avecilla.—69. **La casa cerrada**, por E. Marquina.—70. **Rosario**, por J. Ortiz de Pinedo.—71. **Veintitrés encarnado impar y pase**, por Felipe Sassone.—72. (EXTRAORDINARIA). **Los instintos**, por Antomo Zozaya.—(EXTRAORDINARIA). **Los Caballeros de Alcántara. En las tierras de odio y sangre**, por Antonio de Lezama.—73. **El Fiscal**, por Luis Cánovas.—74. **El último trofeo**, por R. Cansinos Assens.—75. **Expiación**, por Augusto Martínez Olmedilla.—76. **Detrás de la Cruz**, por José Francés.—77. **El Hechizo de la Farándula**, por Alejandro Larrubiera.—78. **De Capellán a Guerrillero**, por Diego San José.—79. **La última noche del Capitán Martín Avila**, por Emilio Carrere.—80. **La Argoila**, por Antonio de Hoyos y Vincent.—81. **El marido no quiere...**, por Eduardo Zamacois.—82. **Los hijos no son una propiedad**, por Fernando Mora.—83. **Los comedores de agraz**, por Vicente Díez de Tejada.—84. **¡Cu-Cú!**, por Cristóbal de Castro.—85. **El hermano**, por Manuel F. Lasso de la Vega.—86. **El nido del Amor y de la Muerte**, por Luis Antón del Oimet.—87. **La Mascota Rubia**, por Juan José Lorente.—88. **De lejos**, por Germán Gómez de la Mata.—89. **Las noches del Trópico**, por Emiliano Ramírez Angel.—90. **El Mártir**, por Santiago Vinardell.—91. **El sorbo del heroísmo**, por Gabriel Alomar.—92. **La amante del presidiario**, por Alberto Valero Martín.—93. **Buena boda**, por Diego San José.—94. **El extranjero**, por Carmen de Burgos "Colombine".—95. **Bajo la luz**, por A. Hernández Catá.

**PRENSA GRÁFICA**

**SOCIEDAD ANÓNIMA**

EDITORA

DE

*Mundo Gráfico*

*La Esfera*

*Nuevo Mundo*

*La Novela Semanal*

*Elegancias*



**57, Hermosilla, 57 - MADRID**

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-anh



1000625

25



589